

Un hombre entre los tiempos

Yo envío a mi mensajero, para que prepare el camino delante de mí. Y en seguida entrará en su Templo el Señor que ustedes buscan; y el Ángel de la alianza que ustedes desean ya viene, dice el Señor de los ejércitos. ¿Quién podrá soportar el Día de su venida? ¿Quién permanecerá de pie cuando aparezca? Porque él es como el fuego del fundidor y como la lejía de los lavaderos. Él se sentará para fundir y purificar: purificará a los hijos de Leví y los depurará como al oro y la plata; y ellos serán para el Señor los que presentan la ofrenda conforme a la justicia. La ofrenda de Judá y de Jerusalén será agradable al Señor, como en los tiempos pasados, como en los primeros años (Mal. 3, 1-4).

*Yo te invoco, Señor, ven pronto en mi ayuda;
escucha mi voz cuando te llamo;
que mi oración suba hasta ti como el incienso,
y mis manos en alto, como la ofrenda de la tarde.
Coloca, Señor, un guardián en mi boca
y un centinela a la puerta de mis labios;
no dejes que mi corazón se incline a la maldad,
o a cometer delitos con hombres perversos.
¡No, nunca gustaré de sus manjares!
Que el justo me golpee como amigo y me corrija,
pero que el óleo del malvado no perfume mi cabeza:
yo seguiré oponiendo mi oración a sus maldades.
Sus príncipes cayeron despeñados,
esos que se complacían en oírme decir:
"Como una piedra de molino hecha pedazos
están esparcidos nuestros huesos
ante las fauces del Abismo".
Pero mis ojos, Señor, están fijos en ti:
en ti confío, no me dejes indefenso.
Protégeme del lazo que me han tendido
y de las trampas de los que hacen el mal.
¡Caigan los malvados en sus propias redes,
mientras yo paso sin hacerme daño! (Sal. 141).*

Desde Pafos, donde se embarcaron, Pablo y sus compañeros llegaron a Perge de Panfilia. Juan se separó y volvió a Jerusalén, pero ellos continuaron su viaje, y de Perge fueron a Antioquía de Pisidia. El sábado entraron en la sinagoga y se sentaron. Después de la lectura de la Ley y de los Profetas, los jefes de la sinagoga les mandaron a decir: "Hermanos, si tienen que dirigir al pueblo alguna exhortación, pueden hablar". Entonces Pablo se levantó y, pidiendo silencio con un gesto, dijo: "Escúchenme, israelitas y todos los que temen a Dios. El Dios de este Pueblo, el Dios de Israel, eligió a nuestros padres y los convirtió en un gran Pueblo, cuando todavía vivían como extranjeros en Egipto. Luego, con el poder de su brazo, los hizo salir de allí y los cuidó durante cuarenta años en el desierto. Después, en el país de Canaán, destruyó a siete naciones y les dio en posesión sus tierras, al cabo de unos cuatrocientos cincuenta años. A continuación, les dio Jueces hasta el profeta Samuel. Pero ellos pidieron un rey y Dios les dio a Saúl, hijo de Quis, de la tribu de Benjamín, por espacio

de cuarenta años. Y cuando Dios desechó a Saúl, les suscitó como rey a David, de quien dio este testimonio: He encontrado en David, el hijo de Jesé, a un hombre conforme a mi corazón que cumplirá siempre mi voluntad. De la descendencia de David, como lo había prometido, Dios hizo surgir para Israel un Salvador, que es Jesús. Como preparación a su venida, Juan había predicado un bautismo de penitencia a todo el pueblo de Israel. Y al final de su carrera, Juan decía: 'Yo no soy el que ustedes creen, pero sepan que después de mí viene aquel a quien yo no soy digno de desatar las sandalias'. Hermanos, este mensaje de salvación está dirigido a ustedes: los descendientes de Abraham y los que temen a Dios (Hech. 13, 13-26).

Cuando llegó el tiempo en que Isabel debía ser madre, dio a luz un hijo. Al enterarse sus vecinos y parientes de la gran misericordia con que Dios la había tratado, se alegraban con ella. A los ocho días, se reunieron para circuncidar al niño, y querían llamarlo Zacarías, como su padre; pero la madre dijo: "No, debe llamarse Juan". Ellos le decían: "No hay nadie en tu familia que lleve ese nombre". Entonces preguntaron por señas al padre qué nombre quería que le pusieran. Este pidió una pizarra y escribió: "Su nombre es Juan". Todos quedaron admirados. Y en ese mismo momento, Zacarías recuperó el habla y comenzó a alabar a Dios. Este acontecimiento produjo una gran impresión entre la gente de los alrededores, y se lo comentaba en toda la región montañosa de Judea. Todos los que se enteraron guardaban este recuerdo en su corazón y se decían: "¿Qué llegará a ser este niño?". Porque la mano del Señor estaba con él. Entonces Zacarías, su padre, quedó lleno del Espíritu Santo y dijo proféticamente: "Bendito sea el Señor, el Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su Pueblo, y nos ha dado un poderoso Salvador en la casa de David, su servidor, como lo había anunciado mucho tiempo antes por boca de sus santos profetas, para salvarnos de nuestros enemigos y de las manos de todos los que nos odian. Así tuvo misericordia de nuestros padres y se acordó de su santa Alianza, del juramento que hizo a nuestro padre Abraham de concedernos que, libres de temor, arrancados de las manos de nuestros enemigos, lo sirvamos en santidad y justicia bajo su mirada, durante toda nuestra vida. Y tú, niño, serás llamado Profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor preparando sus caminos, para hacer conocer a su Pueblo la salvación mediante el perdón de los pecados; gracias a la misericordiosa ternura de nuestro Dios, que nos traerá del cielo la visita del Sol naciente, para iluminar a los que están en las tinieblas y en la sombra de la muerte, y guiar nuestros pasos por el camino de la paz". El niño iba creciendo y se fortalecía en su espíritu; y vivió en lugares desiertos hasta el día en que se manifestó a Israel (Lc. 1, 57-66 [67-80]).

Juan el Bautista es un hombre entre los tiempos, cabalga entre dos épocas, el mundo del profetismo que anuncia la voluntad divina y presenta sus sacrificios en el Templo, y el mundo del sacrificio cabal que se cumple sobre la cruz. Es el profeta del Altísimo, del Dios de Abraham y de su pueblo Israel, es quien anuncia el cumplimiento del tiempo de la promesa, tiempo que se cumple en Jesús para éste, nuestro tiempo.

Vivimos en un mundo de comodidades y de adelantos técnicos y científicos imposibles de imaginar en la época de Juan. Pero aún para ese entonces, Juan es un hombre muy especial, tiene una obsesión y no se preocupa por ninguna otra cosa, incluso no le interesa su ropa ni su comida. Sólo le importa Aquél que ha de venir, aquél cuyas sandalias no es digno de desatar, en ese gesto de hospitalidad que recibe al visitante que es honrado en la bienvenida. Juan espera al Ungido, al Cristo, al Mesías, cuya unción será recibir una corona de espinas, su trono será una cruz erigida entre dos ladrones, su reino se mostrará entre las personas tras su

resurrección de entre los muertos. En su unción es el primero de todos en el nuevo tiempo, cuando se abre el cielo a los pecadores. En su bautismo habla el Padre Santo, el Espíritu de Dios desciende y el Hijo de Dios inicia su peregrinación, su éxodo, hacia nuestra redención. Juan suena duro para nuestro tiempo, como también lo sonó en el suyo, no quiere desperdiciar el tiempo, va derecho al tema central, nada de hacernos pensar o ponernos en clima. Ya viene el tiempo del discernimiento, del juicio, ¡arrepíentanse, conviértanse –clama– vuélvanse a Dios! ¡Salgan de sí mismos, de sus egoísmos y de su orgullo, del preocuparse sólo por ustedes mismos sin meta ni esperanza, sin solidaridad ni amor! ¡Mueran y resuciten con Cristo Jesús, escuchen la voz del Padre Santo, sean bautizados y ungidos con el Espíritu de Dios, y vivan la vida nueva que él les regala! Decimos que Juan predica la ley, olvidando que el Evangelio es ley y gracia, y que Jesús también proclamó: *Conviértanse, porque el Reino de los Cielos está cerca (Mt. 4, 17)*.

La ley que Juan predica es la que nos hace caer de rodillas para recibir la gracia bondadosa de Dios dejando de lado nuestro orgullo y suficiencia, es la ley que nos conduce hacia la buena nueva, Cristo Jesús. Como cuando él clama: *¡Conviértanse!*, Juan nos guía a la salvación en Cristo. La misericordia de Dios se cumple en Jesús, él cumple cabalmente la Ley, la demanda, trascendiéndola en el amor que se entrega por nuestra redención. Por la Ley descubrimos nuestra incapacidad para vivir a la altura de lo que Dios desea para nosotros. La Ley es no sólo la pauta y enseñanza de vida, sino el espejo en el cual nos vemos tal cual somos. Cristo Jesús crucificado y resucitado nos muestra a Dios cumpliendo su mandato, su enseñanza de vida, en nuestro lugar, y así no da la bienvenida, nos besa y abraza, nos invita a su Reino, nos sienta a la misma mesa donde está Juan el Bautista. Somos sanados, salvados, unidos al Salvador y disfrutamos de una comunión plena con él, comunión que nos convoca a una vida auténtica, integral, en amor que está al servicio de la justicia y la paz. Como Juan aún no nacido *saltó de alegría* en el seno de su madre Isabel (*comp. Lc. 1, 44*), así nosotros nos alegramos porque Cristo nos ha hecho libres, redime y salva.